



**Teoría del
Conocimiento**

Contenidos

Preámbulo			
Capítulo 1	Introducción a la Teoría del Conocimiento	1	
Capítulo 2	La memoria	10	
Capítulo 3	Las ciencias naturales	26	
Capítulo 4	Las artes	44	
Capítulo 5	La imaginación	66	
Capítulo 6	Las matemáticas	80	
Capítulo 7	La razón	102	
Capítulo 8	La emoción	128	
Capítulo 9	Los sistemas de conocimiento religioso	146	
Capítulo 10	La intuición	168	
Capítulo 11	La ética	180	
Capítulo 12	Las ciencias humanas	208	
Capítulo 13	La historia	232	
Capítulo 14	La percepción	250	
Capítulo 15	Los paradigmas y la cultura	268	
Capítulo 16	Los sistemas de conocimiento tradicional	286	
Capítulo 17	El lenguaje	310	
Capítulo 18	La fe	330	
Evaluación		342	
Agradecimientos		360	
Índice		362	

1

Introducción a la Teoría del Conocimiento

La perplejidad es el comienzo del conocimiento.

Gibran Jalil Gibran

La ignorancia es la imprecación de Dios; el conocimiento es el par de alas con el que volar hasta el cielo.

William Shakespeare

Saber que se sabe lo que se sabe y que no se sabe lo que no se sabe; eso es conocimiento.

Confucio

Todo cuanto sabemos es, en el mejor de los casos, una minucia en comparación con lo que ignoramos.

Platón

Cuanto mejor lo sabes, mejor lo haces.

Maya Angelou

Lo que quiero decir es que podrías reivindicar que cualquier cosa es real a partir de la idea de que se puede creer en ella, en tanto que nadie está en condiciones de probar que no existe.

J.K. Rowling

La posesión de conocimiento no acaba con el sentido de la maravilla y el misterio. El misterio siempre es mayor.

Anaïs Nin

Para mí es mucho mejor tomar el Universo como lo que en realidad es, a obsecarse con una ilusión, por más que nos satisfaga y reconforte.

Carl Sagan



OBJETIVOS

Al finalizar este capítulo, debes ser capaz de:

- Comprender que, tal vez al contrario de lo que hasta ahora habías aprendido durante tu educación formal, ni la certeza ni la verdad sean tan fáciles de encontrar.
- Comprender que existe una multitud de elementos de «conocimiento» que podemos calificar como sospechosos o ambiguos, y que incluso la palabra de una autoridad mundial no es garantía de verdad.
- Comprender que la «certeza» tiene grados y que determinadas opiniones son mejores que otras.
- Dar por lo menos una definición básica de «conocimiento» y distinguir entre este y «creencia» o «convicción».
- Enumerar y elaborar una pequeña crítica sobre los distintos motivos por los que puedes decir que «sabes» algo.
- Debatir acerca de cómo esos motivos se relacionan con las cuestiones académicas estándar.

Introducción

Seguramente te habrás estado formando a nivel educativo a lo largo de un buen número de años, y es probable que durante ese tiempo hayas adquirido una vasta cantidad de conocimiento. Con la ayuda de profesores y de libros de texto, el número de hechos que conoces, y la profundidad con que los conoces, se presumen incontables. Más aún: sigues en un continuo proceso de aprendizaje, y muy probablemente esto no cambie en los próximos años. En el campo de las ciencias, por ejemplo, muchos de vosotros conocéis las teorías de Albert Einstein, pues Einstein es considerado por muchos como uno de los mayores genios de todos los tiempos; y quizá aquellos de vosotros que sabéis algo de física, uséis sus ideas en los exámenes. En cuanto a la literatura en lengua inglesa, muchos de vosotros seguro que conocéis y os interesáis por las obras de William Shakespeare, tal vez el mayor dramaturgo inglés que el mundo ha conocido, puede incluso que el más grande que existirá jamás. Lo mismo sucede con cualquier otro tema, sea cual fuere: habéis tenido o tendréis que estudiar las ideas desarrolladas por otros hombres y mujeres con mentes privilegiadas.

Al ampliar el ámbito de la experiencia personal a la experiencia de todas las personas vivas a día de hoy, nos percatamos de que la cantidad de conocimiento que existe ahí fuera es ingente y a todas luces sobrecogedora. Y lo que es

más: ahora tenemos acceso a buena parte de él. ¿Que te pica la curiosidad por saber qué animales poblaban la Tierra hace doscientos millones de años...? Pues lo buscas en un libro. ¿Que quieres saber cómo es la Antártida en pleno invierno...? Pues lo ves en un documental. Y además cada vez resulta más sencillo, pues disponemos de periódicos, revistas, televisión e internet; es decir, podemos saberlo todo sobre el mundo sin abandonar la comodidad de nuestro hogar. ¿Y qué podría haber más fiable que el periodismo e internet?

Bien, algunos titulares que aparecieron hace poco en un tabloide, de todo menos riguroso, decían lo siguiente: «iNaves alienígenas atacarán la Tierra en mayo de 2013!», «Cómo vender tu alma al diablo», «Obama nació en... ¡Martel!». Y lo mismo reza para internet, una fuente de información muy poco fiable; basta con que pongas en cualquier buscador «Apocalipsis 2018» y iverás cuantas páginas web tratan el tema! Por lo tanto, ¿podemos realmente fiarnos de la información que tenemos?

Es de suponer que a estas alturas estarás pensando que los ejemplos que citamos son estúpidos. ¡Hay que ser muy crédulo para otorgar veracidad a unas historias tan ridículas como esas!, y nadie con un mínimo de sentido común daría por buena una información así. Bien, ahora céntrate en las siguientes predicciones. Son ligeramente distintas a las publicadas en prensa, pues son augurios de futuro; en todo caso, nos dicen bastante acerca de la posibilidad de equivocarse.

- *No existe ninguna posibilidad de que el ser humano pueda algún día utilizar el poder del átomo.*
Robert Millikan, científico galardonado con el Premio Nobel de Física (1923)
- *La bomba atómica nunca llegará a explotar, y lo digo en calidad de experto.*
Almirante W. Leahy, asesor del presidente de los Estados Unidos de América (1945)
- *Creo que habrá un mercado mundial para cinco ordenadores.*
Thomas Watson, fundador de IBM (1958)
- *En el año 2000, las mujeres llevarán pantalones; los hombres, faldas; ambos sexos irán a pecho descubierto (siempre que el tiempo lo permita) y se llevarán las transparencias.*
Rudi Gernreitch, experto norteamericano en moda (1970)
- *Internet nunca despegará.*
Bill Gates, fundador de Microsoft (1988)

Ya ves que ninguna de estas personas que erraron en sus predicciones son tontas. Quizá haya errores en lo que

se te cuenta en tu día a día, incluso en estas líneas que ahora mismo lees. Podría ser que lo que te enseñaron en el colegio no sea del todo correcto. Así que, cuando afirmamos que posees una gran cantidad de conocimiento, tal vez debimos mostrarnos más cautos. ¿Qué hay de verdad en esa afirmación?

Dar con las respuestas a esa pregunta es el tema central de este libro, y en ocasiones las respuestas no te dejarán indiferente; pueden incluso obligarnos a tener que mirar el mundo con otros ojos. Por poner un ejemplo sencillo: consideremos cuánto sabemos sobre la cantidad de tiempo que llevamos aquí. Los geógrafos a menudo nos hablan del impacto humano como un fenómeno que se da en todas las partes del globo, incluso en las zonas más recónditas. Nosotros, seres humanos, dominamos la Tierra. Podemos afirmar de una y mil maneras que, como especie, actualmente tenemos la supremacía en la Tierra; no cabe duda de ello. Sin embargo, el astrónomo Carl Sagan recurrió a un calendario cósmico para demostrar hasta qué punto nuestra existencia es ínfima en la historia del planeta, y tal vez esta idea ponga en tela de juicio nuestras certezas y nuestra vindicación respecto a la posesión de conocimiento.

Sagan, en su serie *Cosmos*, sugería que si tomásemos la historia del Universo en su totalidad y la comprimiésemos en un solo año, a contar desde el 1 de enero, veríamos que nuestra galaxia se formó el 1 de mayo; la Tierra, el 14 de septiembre; la vida, el 25 de septiembre. Aunque a primera vista parezca que la cosa avanza a buen ritmo, no sería hasta el 12 de noviembre cuando las más antiguas plantas fotosintéticas comenzaran a desarrollarse, y habría que esperar al 1 de diciembre para que una cantidad significativa de oxígeno invadiera la atmósfera.

Por tanto, durante los primeros ocho meses y medio no hubo Tierra, e incluso entonces hubo que esperar otros dos meses y medio para que se produjeran las condiciones indispensables para que hubiese humanidad. Pero ya estamos a punto de alcanzar la historia de los humanos, que aparecieron el 31 de diciembre.

La Universidad de Victoria, en Victoria (Canadá), nos ofrece en su página web un cuadro del calendario cósmico usado como metáfora por Sagan. Es posible acceder a él a través de este enlace: <http://tinyurl.com/amg4c>. Los físicos subrayan que, de media, una vida humana a esa escala solo duraría dieciséis centésimas de segundo.

Así pues, en semejante escala cósmica, una persona viva hoy en día solo figuraría en la última fracción de segundo del último día de todo un año. Casi todo el mundo entiende que el calendario del ingenioso científico Carl Sagan es, a fin de cuentas, una lección de humildad. ¿Dónde quedan pues las ínfulas, el poder y las certezas que caracterizan al ser humano?

1 ¿Qué lugar ocupa el ser humano en el Universo? ¿Crees que es probable que los humanos hayamos averiguado algunas verdades definitivas sobre el universo?

2 ¿Cuáles son los mayores logros de la humanidad?

3 ¿Importa realmente cuánto tiempo llevamos sobre la faz de la Tierra?



Calendario cósmico.

Sin duda, el concepto de Sagan nos alerta de que nuestro punto de vista es solo uno de tantos, quizá desde una perspectiva muy reciente y modesta, y nos ofrece una buena razón para abrazar las afirmaciones del conocimiento desde la humildad. Analizaremos esta cuestión fundamental de la perspectiva en el capítulo 15, pero ahora dejemos de dar vueltas alrededor de la idea de conocimiento. Debemos averiguar qué es en realidad antes de empezar a cuestionarlo.

¿Qué es el conocimiento?

Esta pregunta podría parecer ridícula. Todos sabemos qué es el conocimiento, ¿o no? Bien, puede ser que a la hora de explicarlo ya no lo tengamos tan claro. Una definición de conocimiento a la que habitualmente se recurre es la elaborada por Platón hace siglos: el conocimiento es algo que creemos que es verdad y que podemos demos-

trar con argumentos, es decir, que estamos en condiciones de justificar. Más sencillo todavía: el conocimiento es una creencia verdadera justificada. A pesar de su popularidad, esta definición de conocimiento no nos ayuda demasiado, por un motivo muy simple: si afirmamos saber algo, entonces lo creemos, pensamos que está justificado o acreditado y que por lo tanto es verdad. ¿Pero cómo sabemos si está acreditado y/o es verdad? No hay, de hecho, ningún modo de determinar si algo es o no verdad, con independencia de nuestra justificación o respaldo. Supón, por ejemplo, que me preguntas cómo sé yo que la composición química del agua es H_2O . Te responderé que simplemente lo sé porque lo recuerdo de las clases de química durante mi etapa en el instituto; comentaré también que tuve que aprenderme la tabla periódica de los elementos, lo cual me valió para saber de qué formas los elementos allí presentes se combinan con el fin de crear sustancias diferentes. Podría incluso responder que lo sé porque confío en mi padre, que es científico y que me lo confirmó, en vista de su amplia experiencia en el campo de la química. Esas experiencias son la evidencia o prueba —justificación— para esa afirmación mía. Podría decirte que, precisamente porque esa evidencia es verdad, mi afirmación también lo es. Por consiguiente, he logrado una creencia verdadera justificada, es decir, conocimiento. El problema está en que no hay modo alguno de que consolide la verdad de mi aseveración sobre la fórmula química del agua a no ser que crea que mis justificaciones son verdad. Incluso si pudiéramos ver directamente los átomos de hidrógeno y el de oxígeno, apuntaría a mi percepción sensorial como respaldo para la verdad de mi afirmación. Cualquier justificación que ofrezcamos —y en la que verdaderamente creamos— nos convence, nos guste o no, de que lo que creemos es verdad, y en consecuencia nos permite decir que poseemos «conocimiento». Presta ahora atención a lo siguiente: estamos tratando de definir conocimiento en términos de justificación y verdad, pero al hacerlo estamos recurriendo a la palabra... ¡conocimiento! Es algo así como la pescadilla que se muerde la cola, o dicho de otro modo: no nos sirve.

4 La definición facilitada por Platón sugiere que se puede creer en algo sin por ello saberlo. ¿Crees que es posible saber algo sin creerlo?

5 ¿Es conocimiento lo mismo que creencia verdadera? ¿Eres capaz de imaginar un caso en el que alguien cree algo que es verdad aunque no sea consciente de ello?

6 Una noche, mi reloj se estropeó a las 11:51, pero en ese momento no me percaté de ello. Me fui a dormir, y al levantarme agarré el reloj y me lo puse en la muñeca en un acto reflejo, sin mirarlo. Cuando volví a mirarlo, eran, casualmente, las 11:51. Creía que eran las 11:51, y de hecho eran las 11:51. A la luz de estos datos, ¿se puede decir que lo sabía? Si es que no, ¿por qué?

Surge un problema cuando pensamos que alguien hace una afirmación incorrecta: solo sabremos si en efecto la afirmación es errónea una vez que acordemos cuál sería una buena justificación. No hay manera de verificar cuál de nosotros está en posesión de la «verdad», excepto si hacemos uso de los llamados procesos de justificación. Analiza, pongamos por caso, algunas afirmaciones cognitivas sospechosas. ¿Qué crédito le damos a una persona que afirma saber que el mundo se acabará en una fecha concreta (como pasó allá por octubre de 2010 y de nuevo en diciembre de 2012)? ¿Y qué pensamos de esa otra persona que afirma haber sido abducida por alienígenas, que la usaron como cobaya de sus experimentos y que más tarde la devolvieron a la Tierra? ¿Podemos realmente decir que «sabemos» esa clase de cosas? Quienes hacen afirmaciones por el estilo, dicen que, de hecho, «lo saben», pero la mayoría de la gente no diría que se trata de conocimiento, en la medida en que esas afirmaciones no se consideran verdaderas.

Tales afirmaciones no suponen un problema demasiado grande en lo que se refiere a definir conocimiento, pues no son nada fáciles de justificar. Si les pidiéramos a las personas que hacen ese tipo de afirmaciones que aporten pruebas, es posible que sí nos faciliten alguna, pero nosotros (cabe suponer) seguramente no tardaremos en replicar que esas evidencias o pruebas son tan inconsistentes y abiertas a la interpretación que apenas podemos hablar de certeza; por tanto, es de esperar que la mayor parte de la gente no acepte esas afirmaciones como parte del conocimiento. Quienes sí se las crean, dirán que lo hacen a partir de sus propias justificaciones, hecho que los llevará a creer que son verdaderas. Nos dirán que, de acuerdo con la idea de Platón, poseen conocimiento.

7 ¿La definición de «creencia verdadera justificada» se ajusta a lo que entendemos por «conocimiento», o acaso incluye o excluye erróneamente algo? Es decir, ¿puedes pensar en una situación en la que...

- alguien tenga una creencia verdadera justificada pero no se atreva a decir que «sabe» algo?
- alguien no tenga una creencia verdadera justificada pero sí diría que «sabe» algo?

¿Significa esto que, ya que todos creemos que lo que decimos es verdad, no existe realmente una diferencia entre lo que creemos y lo que sabemos o conocemos? Cualquiera de nosotros hace un montón de afirmaciones a lo largo de la jornada. Tal vez digas, por ejemplo, que sabes que $9 \times 4 = 36$, o que Australia fue colonizada por los prisioneros británicos enviados a la ensenada de Botany Bay, o que hoy es tal día de la semana o tal día del mes. Si te preguntáramos hasta que punto estás convencido de que sabes esas afirmaciones relacionadas con el conocimiento, podrías buscar respaldo en

las evidencias y echar mano de una explicación argumentada. Podrías, por ejemplo, justificar tu afirmación de que 9 por 4 son 36 explicando el funcionamiento de las tablas de multiplicar, o, más sencillo, alineando cuatro filas de nueve garbanzos o piedrecitas cada una, y después pedirle a alguien que las cuente. Podrías justificar la afirmación según la cual Australia fue colonizada por prisioneros británicos pidiéndole a tu oyente que acuda a un libro bien documentado sobre la historia de Australia, pongamos por caso *Fatal Shore*, de Robert Hughes. Podrías justificar tu afirmación acerca del día en que estamos con tan solo mirar un calendario. Hay una gran cantidad de aseveraciones relacionadas con el conocimiento que se podrían justificar con hechos consolidados y que casi todos estamos de acuerdo en que no admiten debate, a no ser para alguien que por propia voluntad se empeñe en tergiversar la realidad; esa clase de afirmaciones con frecuencia son fáciles de identificar, y estamos en condiciones de decir que, de hecho, forman parte del conocimiento.

En definitiva, una justificación sólida resulta crucial. Para entendernos, digamos que cuanto mejor justificada esté una creencia, más probabilidades habrá de que digamos que esa creencia es conocimiento. Lo veremos con detenimiento en el epígrafe «Buenas razones» de este mismo capítulo, y de hecho seguirá presente a lo largo de todo el curso sobre TdC.

Existe otro problema habitual al que nos debemos enfrentar cuando se trata de definir conocimiento. A veces decimos que sabemos algo, pero, a pesar de nuestra sólida justificación, sucede, mucho más tarde, que nuestra interpretación de la evidencia no era correcta, o que no disponíamos de las evidencias necesarias para emitir un buen juicio. Es decir, que estábamos en un error, y a la postre nos dimos cuenta de que lo que una vez pareció ser conocimiento, en realidad no lo era. Veamos un ejemplo: ahora no diríamos que hubo un tiempo en que la gente sabía que el Sol giraba alrededor de la Tierra; diríamos que esas personas pensaban que lo sabían, o que lo creían, pero que con el tiempo se demostró que se equivocaban. Asimismo, no diríamos que los niños pequeños saben, sino más bien que creen, que Papá Noel o los Reyes Magos vienen cargados de regalos cada Navidad.

Algunos elementos del «conocimiento» se demuestran incorrectos, y en ocasiones nos vemos forzados a modificar lo que pensamos que sabemos conforme se nos van revelando nuevos hechos; eso mismo le sucedió a Galileo Galilei y a otros individuos después de que el italiano fabricara el telescopio; es como cuando los niños crecen y ese crecimiento también afecta a su comprensión general del mundo, lo cual les permite saber quiénes son en verdad los que dejan la noche de Navidad o de Reyes unas galletas mordidas o tres copas de champán a medio beber.

8 Identifica algo que te hayan dicho, que en su momento creíste pero que hoy reconoces como falso. ¿Cómo llegaste a saber la verdad?

9 Se ha llegado a afirmar que este problema en realidad no tiene que ver con la definición de conocimiento, sino que simplemente está vinculado a que los seres humanos no son perfectos y por tanto pueden cometer errores. ¿Hasta qué punto estás de acuerdo con esta afirmación?

10 ¿Qué diferencia ves entre «Estoy seguro de que...» y «Es seguro que...»?

Como ves, en los dos casos arriba citados, se emplea la palabra «creer» para describir el conocimiento equivocado. Es un uso bastante común, pero puede resultar engañoso, ya que parece sugerir que todas las creencias son forzosamente falsas (y eso no es correcto; creemos, por ejemplo, que 1 más 1 es igual a 2, que los humanos existen, que estamos leyendo un libro sobre Teoría del Conocimiento o cualquier otra cosa que aceptamos como parte del conocimiento). Fijar una visión negativa de la creencia significa subestimar el propio concepto de creencia, y lo que nosotros queremos es desarrollar una idea más matizada sobre cuándo es apropiado decir que creemos en algo, en contraposición a cuándo deberíamos decir que sabemos algo. Analiza, por ejemplo, la frase que afirma que el equipo canadiense de *curling* capitaneado por Kevin Martin ganará los próximos Juegos Olímpicos. Esto no puede ser llamado conocimiento, pues es evidente que ni tú ni nadie tiene la capacidad de predecir el futuro, por más que seas un incondicional del señor Martin y de su equipo, y por mucho que confíes en sus destrezas como profesionales del *curling*. Deberías decir que crees que el equipo de Kevin Martin ganará en los próximos Juegos Olímpicos. Tu creencia podría, finalmente, volverse verdad, ¿por qué no? Por el momento, no obstante, hay que llamarlo creencia, pues las evidencias disponibles nos permiten hacer un amplio abanico de interpretaciones y no es posible, por consiguiente, reducirlas a un único e irrefutable punto de vista.

11 ¿Por qué el ejemplo del equipo de *curling* de Kevin Martin se parece a otros ejemplos ya mencionados antes, en los cuales grandes pensadores como Galileo hicieron afirmaciones que más tarde se revelarían erróneas?

12 Enumera cinco cosas en las que creas y cinco que sepas. ¿Por qué has incluido los distintos ítems en una lista y no en la otra?

13 ¿Recuerdas algo que una vez creíste que era cierto y que pasado el tiempo te hayas dado cuenta de que no era así? ¿En qué te apoyabas para creerlo? ¿Por qué ya no lo crees? ¿Dirías ahora que sabes que no es verdad?

Vemos, pues, que la palabra «creencia» no solo tiene el significado de algo que alguien solía «saber» pero que

más tarde se demostró que era incorrecto; se trata de una palabra que expresa un tipo concreto de afirmación relacionada con nuestra comprensión del mundo, la cual, de hecho, puede convertirse en verdad una vez que los hechos están a nuestra disposición (en el caso del equipo de *curling*, al término del campeonato). De igual manera, las afirmaciones religiosas sobre la existencia de uno o varios dioses, por ejemplo, no tienen la consideración universal de conocimiento, ya que existen múltiples interpretaciones contradictorias de las evidencias que habrían de ser usadas para respaldar o justificar la afirmación. Esta clase de aseveraciones reciben el nombre de «creencias», y en este caso sí es posible que nunca lleguen a reunir los hechos irrefutables necesarios para decantar la creencia en uno u otro sentido. La creencia es, por tanto y por derecho propio, un concepto clave de este curso sobre TdC.

Esto pone de manifiesto un problema con la definición de conocimiento propuesta por Platón: una creencia verdadera justificada; no distingue claramente entre conocimiento y creencia; más bien, clasifica la creencia como un subconjunto del conocimiento.

14 En cierta ocasión, Molière escribió que una pócima para dormir había funcionado gracias a su *virtus dormitiva*. ¿De qué modo crees que puede estar esto relacionado con lo que afirmamos en el párrafo anterior?

15 ¿Te ves capaz de encontrar una solución para que el problema de definir conocimiento como «creencia verdadera justificada» deje de ser como la pescadilla que se muerde la cola? (Véase el capítulo 7 para más información al respecto).

Hemos visto la influyente «creencia verdadera justificada» como concepto para el conocimiento, y hemos llegado a la conclusión de que resulta problemático. En tal caso, ¿qué alternativas nos quedan? Echemos un vistazo a lo que estamos intentando hacer con el conocimiento. Una posibilidad pasa por que estemos tratando de describir la realidad de alguna manera. Podemos pensar en conocimiento simplemente como en una descripción de cómo son las cosas y, una vez hecho esto, algunos problemas se esfumarán sin más. Para comprobar por qué, imagínate un mapa: que sea un plano urbano o de una provincia o región.

Un mapa no es otra cosa que una versión simplificada de aquello que representa (y resulta útil precisamente por ese motivo); nos permite comprender ciertos aspectos de un sistema mucho más vasto y complejo, imposible de abarcar si no es a una escala mucho menor. Los diferentes tipos de mapa nos facilitan información diversa acerca del territorio: un plano de ciudad nos dice dónde están las carreteras, cuáles son de doble sentido y cuáles de sentido único, dónde están los callejones, y otros datos por el

estilo. Conocemos, gracias a un mapa con esas características, varias rutas distintas para llegar de un sitio a otro. Esta clase de mapa prescinde de aspectos de la ciudad que, para nuestros propósitos, no necesitamos saber: la elevación del terreno, la población, la densidad, la renta per cápita de los ciudadanos, etc. Hay otros mapas que nos podrían ofrecer esta clase de información u otros tipos de conocimiento sobre el mismo territorio: podemos utilizar mapas de inundaciones, que nos señalan las áreas que eventualmente se inundarían; mapas municipales, que nos indiquen donde se encuentran las estaciones de servicio, las centrales eléctricas o los depósitos de agua, y muchos otros mapas diferentes. Podemos decir, por tanto, que el mapa nos proporciona conocimiento en tanto en cuanto nos resulta de utilidad, y que podemos confiar en él hasta que cambiemos de ciudad, provincia o lo que sea. Si se construyen nuevas carreteras o si el calentamiento global altera los lugares en donde por lo general suele llover, entonces debemos actualizar nuestros mapas con el fin de adaptarlos a los nuevos hechos. De modo que, con esta forma de pensar, el conocimiento sería algo así como un mapa que contiene algunos aspectos de la realidad; es un modelo específico con una finalidad específica, lo cual lo convierte en imperfecto (o cuando menos en incompleto) por definición. Será revisable y actualizable en la medida en que tengamos acceso a nuevos hechos o seamos capaces de interpretar los cambios. La verdad, para esta concepción del conocimiento, viene determinada por la utilidad del modelo. Podemos creernos aquello que nos cuenta el modelo en tanto y cuanto funcione, y podemos considerar que nuestro modelo nos ofrece una imagen fidedigna de la realidad con tal de que este sea lógico y consistente y abarque todos los hechos conocidos.

16 Hay muchas clases de mapas. Si decimos que el conocimiento es un mapa, ¿qué tipos distintos de conocimiento dirías que hay?

17 Si el conocimiento es un mapa, ¿qué podemos calificar como una buena justificación para ese conocimiento? Si se reduce a «que funcione», ¿hay alguna clase de conocimiento para el que esta definición no sirva realmente? ¿Los conocimientos éticos o artísticos, tal vez?

18 ¿En qué medida crees que esta idea del conocimiento como un mapa soluciona el problema que surge cuando aprendemos que nuestro «conocimiento» en verdad es incorrecto?

Pensar de esta manera en el conocimiento nos permite evitar la trampa de la definición circular (la pescadilla que se muerde la cola) del conocimiento como una creencia verdadera justificada. Nos permite afirmar que podemos saber algo a partir de elementos distintos de la creencia personal. También nos libera de esa visión del todo o nada,

en la cual algo debe ser «verdad» para ser conocimiento, y si no es «verdad», entonces no es conocimiento (ya iremos viendo que esta palabra, «verdad», ocasiona infinidad de problemas, no solo por tener distintos significados en función de cada contexto). Pensar en el conocimiento como en un modelo de la realidad nos permite adaptar, pulir y corregir nuestro conocimiento a medida que adquirimos una información más completa o mejor. El modelo del átomo, por ejemplo, ha sido revisado y actualizado en diversas ocasiones a lo largo de los siglos para reflejar la nueva comprensión que resulta del progreso tecnológico o de experiencias debidamente documentadas. Nuestro conocimiento de lo que sucedió con el *Titanic* en abril de 1912 ha variado de forma ostensible a partir de que Robert Ballard y su equipo encontraran los restos del naufragio en 1985; en consecuencia, el caso ha visto como se revisaba cada detalle, a tenor de que los medios tecnológicos disponibles hoy nos permiten tener unas imágenes realmente nítidas de los restos del navío e información sobre en qué lugar exacto del fondo del océano acabó cada pieza del barco; además, la modelización matemática ha logrado reconstruir la secuencia de los hechos de aquel fatídico día, de acuerdo con las leyes de la física.

Nuestros modelos éticos también cambian con el tiempo. La esclavitud fue aceptada durante muchos años y en muchos lugares del mundo como parte de un modelo que reflejaba los valores culturales imperantes, las prácticas económicas y las estructuras y jerarquías sociales. A día de hoy, la esclavitud está prohibida, y, de hecho, es denostada, pues los valores que una vez la sustentaron y justificaron han cambiado. El nuevo mapa refleja valores más humanos. A medida que cambia la visión ética, también lo hace el mapa que la refleja. No debe preocuparnos que haber estado equivocados en relación con el átomo, el *Titanic* o la esclavitud signifique que no podemos saber nada; si el conocimiento es un modelo, en tal caso saber algo es haber encontrado un sentido a gran parte de los hechos disponibles. Con tal de que ese modelo se elabore con esmero y se someta a un examen riguroso, podemos decir que es satisfactorio.

El hecho de considerar el conocimiento como un modelo de la realidad nos permite emplear el conocimiento acumulado sobre hechos vigentes, creencias y opiniones, pero también nos permite crecer y seguir con nuestro aprendizaje. En cualquier caso, debemos justificar nuestras afirmaciones, pero habrá más margen a la hora de poner a prueba el rigor de nuestras justificaciones. Más que decir «Esto está justificado» o «Esto no está justificado», quizás deberíamos hablar de la validez de la justificación; por ejemplo, hablaríamos de «justificación pobre» o «consistente» o «excelente» en función de los grados de certeza que conlleven las afirmaciones realizadas sobre el conocimiento.

19 ¿Qué tipo de justificaciones nos llevarían a hablar de un conocimiento «débil» o de uno «sólido»?

20 Repasa los ejemplos de esta sección y determina la validez de las justificaciones. ¿Es el conocimiento «sólido» o «débil»?

21 ¿Qué asignaturas escolares dirías que te han proporcionado un «conocimiento sólido»? ¿Y un «conocimiento débil»?

¿Y ahora cómo continuamos? Llevamos un buen rato analizando el significado de las palabras (¡algo de lo que, con razón o sin ella, se acusa constantemente a los filósofos!). Quizá debamos ver en profundidad algunos ejemplos de lo que consideramos como conocimiento, así como el modo en que justificamos esas afirmaciones.

¿Qué tipos de conocimiento existen?

No es extraño leer, a menudo en periódicos de relevancia, que las noticias tienen que ver con los hechos y con las opiniones sobre esos mismos hechos. **Los hechos** son discutibles (podemos, por ejemplo, debatir sobre el número de ordenadores vendidos en India en 2012), pero existe una respuesta correcta para una pregunta factual. Las respuestas que se apartan de los hechos son incorrectas. **Las opiniones** son caso aparte: tal vez hayas oído decir que una opinión nunca puede ser errónea, porque todo el mundo tiene libertad para opinar lo que le venga en gana. La noción de libertad en ocasiones se interpreta como si la opinión de un individuo tuviese que ser tan válida como la de otro.

Esto no es más que un puro disparate. Supón que eres un gran corredor, y que accidentalmente te rompes una pierna. Te la tendrán que escayolar y estarás un mes entero incapacitado; cuando te quiten el yeso, querrás volver a entrenar de inmediato. En tu opinión, deberías volver a correr lo antes posible y a dar lo máximo de ti, obviando el dolor en la medida de lo posible, hasta recuperar la forma que tenías antes del accidente. Pero a juicio del médico deberías recomenzar poco a poco, y hacer una parada cada vez que sientas una punzada de dolor.

¿Qué opinión es la buena? Aunque se podría decir que estamos ante una cuestión de creencias, ya que tratamos de predecir el futuro, está claro que la creencia basada en la razón y en la experiencia es la mejor de las dos; es decir, tiene más probabilidades de ser la opinión correcta. Esta es la clase de opinión que de verdad importa a la gente bien formada, y por tanto aquella en la que nos centraremos en el presente libro. La mayoría de la gente estaría de acuerdo

en afirmar que algunas opiniones son mejores que otras; lo difícil es decidir cuál es la buena y cuál, la mala. En el caso del corredor lesionado, parece razonable confiar en los consejos del médico, ya que un profesional de la medicina tiene más elementos de juicio que una persona no especialista.

Otra forma de abordar la cuestión de la razón y la experiencia pasa por considerar que existe conocimiento personal y conocimiento compartido. Cada uno de nosotros tiene su propio conocimiento personal, que en parte es el resultado de nuestra propia combinación, y solo nuestra, de experiencia y personalidad. No obstante, buena parte de esa experiencia es de segunda mano; por así decirlo, nos viene de prestado. Sé, gracias al trabajo realizado por otros, que la Tierra es redonda. He visto modelos físicos del Sistema solar, fotos de mi planeta tomadas desde el espacio por robots o tripulantes de misiones de la NASA, y he tenido ocasión de leer las conclusiones a las que llegaron los antiguos griegos acerca de la forma de la Tierra, basadas en deducciones hechas a partir de sombras y del crecimiento gradual de los mástiles de las embarcaciones al dirigirse hacia la línea del horizonte. No dispongo de conocimiento directo y personal sobre la forma de la Tierra, pues nunca me he visto en la tesitura de tener que hacer las observaciones y cálculos precisos por mí mismo. Sé que Beethoven compuso el famoso *Claro de luna* porque lo he escuchado en mis clases de Historia de la música, lo he leído en la carátula de un disco y he visto su nombre en los programas de conciertos en los que uno de los temas interpretados era precisamente ese. Beethoven lleva 400 años muerto, por lo que nunca he podido verlo a él en persona. Para este y tantos otros elementos de conocimiento que personalmente poseo, debo confiar en el conocimiento compartido (conocimiento acumulado por distintas comunidades de todo el mundo). Si debo confiar, para una parte tan grande de mi propio conocimiento, en el trabajo de otros, entonces me corresponde a mí asegurar, tanto como sea posible, que la opinión que doy por buena es aquella que contiene una mayor información que me sea útil. En otras palabras, es preferible confiar en la experiencia del médico que en la ocurrencia de una persona cualquiera cuando se trata de sanar una pierna rota.

Esto significa que podríamos sostener perfectamente que existen tres tipos de preguntas.

- Aquellas que tienen una única respuesta correcta. Un ejemplo: ¿cuántos átomos de hidrógeno tiene una molécula de agua?
- Aquellas para las que existen varias respuestas, si bien es preciso que vengan acompañadas de una justificación y de un juicio razonado. Por ejemplo, ¿cuál es la mejor manera de afrontar el problema de la deuda de los países en vías de desarrollo?

- Aquellas para las que no hay una respuesta correcta sino que dependen por completo de quién sea la persona que contesta. Un ejemplo sería: ¿qué tipo de chocolate es más sabroso?

A veces es posible discutir sobre en qué categoría entraría una pregunta. Por ejemplo: «¿Es esta pintura arte de calidad?». Si tenemos dudas, vale la pena aceptar que se trata de una cuestión abierta al debate y por tanto lo ideal sería someterla a discusión. Si así lo hacemos y resulta que al final todo se reduce a una elección personal, esto es, que no hay un argumento que sea mejor que otro, entonces muy probablemente la discusión acabe siendo tediosa y no dure demasiado. Si en cambio surgen argumentos que se ajustan a estándares intelectuales «universales», tales como concisión, consistencia, franqueza, precisión factual y otros, en ese caso la pregunta será claramente del tipo 2.

22 ¿Crees que dividir las preguntas en tres categorías es suficiente? ¿Podrías añadir alguna otra?

23 Para cada una de las siguientes preguntas, decide en cuál de las tres categorías encaja mejor la respuesta.

- a ¿Cuántos planetas hay en el Sistema solar?
- b ¿Quién es el ministro o la ministra de Educación de Singapur?
- c ¿Cuándo tuvo lugar la Revolución francesa?
- d ¿Está mal matar?
- e ¿Cuál es el color de la pared más cercana?
- f ¿Existe Dios?
- g ¿Eres feliz?
- h ¿Es feliz tu profesor?
- i ¿Uno más uno siempre son dos?
- j ¿La violencia en televisión contribuye a que haya violencia en la sociedad?
- k ¿Era Hitler un buen líder?
- l ¿Puede un médico hombre saber más sobre el nacimiento de un niño que una madre que haya dado a luz a diez bebés?
- m ¿Es posible saber algo pero mostrarse incapaz de decir qué es lo que se sabe?
- n ¿Llegará algún día la ciencia a decirnos cómo y por qué empezó el Universo?

24 Parece que tres categorías no bastan para incluir la enorme variedad de preguntas que existen. Si deseamos analizar distintos tipos de conocimiento, podría ayudar ir a lo específico. ¿En qué categorías crees que podrías clasificar el conocimiento?

Es fundamental que los estándares intelectuales sean «universales», y son justamente esos estándares los que veremos con detenimiento. Es evidente que podríamos discutir qué entendemos por «universal», pero, para empezar a discutir, antes hace falta fijar ciertos puntos en común. Cuando hablamos de estándares nos referimos a que, por lo menos, debemos intentar realizar un progreso intelectual.

tual coherente que nos conduzca hacia una respuesta bien razonada y justificada, incluso para las preguntas más arduas.

Buenas razones

Al responder a las anteriores preguntas, has comenzado a justificar tu propio pensamiento. En un sentido, este libro trata sobre la justificación de nuestros pensamientos en relación con diversos temas; estimula el debate sobre nuestras propias creencias. Naturalmente, es algo que estamos haciendo sin cesar: cuando explicamos por qué queremos ver una determinada película y no otra, cómo resolvimos un problema matemático o por qué prestamos atención a la naturaleza de nuestras convicciones religiosas. Puesto que la justificación de nuestras opiniones es un tema clave, resulta sorprendente que pasemos tan poco tiempo evaluando si nuestras argumentaciones o razones son o no buenas, o si cierta clase de argumentación es mejor que otra. De hecho, es probable que la mayoría de nosotros ni siquiera conozca las distintas clases de razonamiento, así que debemos partir desde ese punto.

Podemos discutir sobre las divergencias, las diferencias y los solapamientos entre las categorías aquí propuestas, ya que hay varias formas posibles de clasificación del conocimiento. Para nuestros propósitos, diremos que el **sentido de la percepción** y la **lógica** suponen dos categorías esenciales para justificar afirmaciones sobre el conocimiento; más adelante veremos que surgen con total naturalidad al echar un vistazo a nuestro conocimiento personal de lo cotidiano y a nuestro conocimiento compartido de corte más académico.

¿Adónde vamos?

Hemos visto que podría haber buenas razones para reflexionar con calma sobre lo que afirmamos saber; ese conocimiento es un concepto a la par complejo y polifacético, y los seres humanos no somos sino añadidos recientes al universo. ¿Qué esperanza nos queda de alcanzar certezas y verdades si estamos tan limitados? Pese a ello, hemos logrado avances increíbles, más aún si nos atenemos al poco tiempo que llevamos viviendo sobre la Tierra.

Nuestras sociedades son radicalmente distintas de las conformadas por animales irracionales; sabemos por qué brillan los astros, y tenemos suficiente poder como para destruir la Tierra. ¡Hasta ahora afortunadamente no nos ha dado por hacer nada semejante! Y uno se pregunta: ¿hemos acaso subestimado a la humanidad?

Un punto de partida podría ser analizar la naturaleza del conocimiento así como su adquisición; para ello, existen dos posibles enfoques: las cosas que ya sabemos y los procesos mediante los cuales adquirimos nuevos conocimientos. Tal vez deberíamos empezar con lo positivo, es decir, analizando el conocimiento ya existente. ¿Dónde se guarda ese conocimiento? En nuestra memoria, tanto individual como colectiva.

Información complementaria

➔ ¡El resto de este libro!

25 A continuación, presentamos una ambigua lista de cosas que podríamos afirmar conocer, y otra lista de razones que podrían servirnos para apoyar esos elementos del conocimiento. Relaciona las justificaciones con las afirmaciones.

Afirmaciones

- a Sé que el cielo es azul.
- b Sé que $1 + 1$ es igual a 2.
- c Sé que no está bien matar a nadie.
- d Sé que me dan miedo las arañas.
- e Sé que ayer salí a correr.
- f Sé que lo que dijo el médico es verdad.
- g Sé que las mujeres son más emocionales que los hombres.
- h Sé exactamente lo que Dios espera de mí.
- i Sé que al morir iré al cielo.
- j Sé que un lago es más hermoso que una cañería.
- k Sé que quiero a mi hermano.

Justificaciones

- I Juicio de valor
- II Fe
- III Memoria
- IV Autoridad
- V Intuición
- VI Revelación
- VII Sentido de la percepción
- VIII Lógica
- IX Conciencia de uno mismo
- X Conocimiento colectivo
- XI Instinto

26 ¿Exista alguna otra forma de justificar aquello que sabemos?

27 ¿Es alguna de esas formas de conocimiento verdaderamente lo mismo?

28 ¿Cuál de esas formas te ofrece más confianza a la hora de buscar la verdad? Razona tu respuesta.